

y se me ocurre perseverar, sin saber qué decir ni qué hacer,  
ni hacia dónde ir, poeta en tiempo carente.  
Pero has dicho que son como sacerdotes del dios del vino  
que, en santa noche, va de tierra en tierra.

8

Así como, antes, cierto tiempo nos pareció excesivo,  
otro se adelanta rápidamente, como cuando la vida se alegra,  
o cuando el padre aparta su rostro de los hombres  
y las tristezas tienen derecho a empezar en la tierra.  
Por último aparece un plácido genio, consuelo celeste,  
anuncia el fin del día y desaparece;  
dejó por signo un vaivén de dones concedidos por el coro celestial,  
del cual nos regocijamos, como antes,  
y, como antes, nos entregaremos con entusiasmo a la alegría,  
mayores serán los grandes entre los hombres,  
aunque falten los supremos en la alta dicha:  
basta, como agradecimiento, la vida tranquila de uno solo.  
El pan es fruto de la tierra pero ha sido bendecido por la luz,  
y del dios tronante surge el regocijo del vino.  
Por ello debemos pensar en las divinidades que fueron  
y que volvieron a ser en la justicia de los tiempos.  
Por ello los cantores cantan dignamente al dios del vino  
y urdida sin frivolidad resuena la alabanza a los antiguos.

9

Sí, con razón dicen que han reconciliado el día con la noche,  
conducido las constelaciones celestes hacia la eternidad,  
alegrado todo el tiempo, como el follaje de los pinos, siempre verde,  
puesto que han amado, y la guirnalda de hierbas elegidas  
permanece como la traza que los fugitivos dioses  
han dejado en la tiniebla profana.  
Mira, somos el dicho que han cantado antiguamente  
los hijos de los dioses; fruto de Hesperia es tal canto.  
Prodigioso y justo es, cuando a los hombres colma;  
créeme, pues lo he probado. Pero ocurre que, a veces,  
nadie labora y nos quedamos sin corazón, como las sombras,  
hasta que nuestro padre, el éter, sabe de cada quien y se adueña de todos.  
Pero entonces llega, cual portador de antorcha, el mayor  
de los hijos, Syrio, que ha surgido de las tinieblas.  
Ostenta un saber venturoso; luce una sonrisa en el alma  
prisionera y los ojos se humedecen de luz.  
Profundamente dormido, sueña el titán en brazos de la tierra,  
como dormiría el envidioso Cerbero tras haberse embriagado.

## La vuelta al hogar

1

Allá en los Alpes aún es clara noche y una estrofa de nubes  
vela el bostezo del valle.

Por todas partes muge y se precipita, jugueteando, el viento de la montaña,  
en tanto un resplandor estalla y se fuga rudamente entre los pinos.

Ese alegre contemplador, el caos, joven en su forma,  
se apresura lentamente, pesadamente se impone,  
festejando, entre las rocas, el amable combate,  
haciendo florecer y tambalear las fronteras eternas,  
por sobre las cuales la mañana es arrojada como una bacante.  
El caos ha crecido sin límites, pero el año y las sagradas  
horas del día están audazmente ordenados y mezclados.  
Un ave denuncia la hora y en lo alto del aire, entre montañas,  
el día se detiene y clama.

Rodeada de cumbres, también despierta la pequeña aldea:  
contempla la profundidad, temeraria, confiada en la altura.  
Entonces, pareciendo también despertar, caen como rayos  
las antiguas vertientes, enraizadas en los precipicios,  
el eco suena en derredor y el taller inconmensurable  
llueve día y noche, arrojando sus dones a los pobres.

## 2

Supremas, lucen tranquilamente las alturas de plata  
y la nieve deslumbrante se ha cubierto de rosas.  
Aún más arriba, por sobre la luz, habita el puro  
y venturoso dios del juego, iluminado por su santo resplandor.  
Apacible es su morada solitaria y parece inclinado  
a conceder la vida; es claro el brillo de su etéreo rostro.  
Comparte su gozo con nosotros como, a menudo, cuando  
el dios furibundo y sobrio anuncia su medida y su aliento:  
casas y ciudades reciben sólida alegría y, desde grávidas nubes,  
la lluvia abre dulcemente la tierra, y vosotros, vientos fieles,  
y vosotras, vastas primaveras, hacéis con vuestra lenta mano  
el signo de la bendición, y los tristes vuelven a regocijarse.  
El tiempo se renueva, y el calmo corazón del hombre envejecido,  
y las demás criaturas son alcanzadas y reviven.  
En lo profundo, la primavera trabaja:  
se abre paso, ama, aclara la tiniebla; la vida recomienza;  
como antes, florece el ánimo, vuelven antiguos espíritus,  
un alma alegre torna a desplegar sus alas.

## 3

En aquel tiempo mucho les dije: lo que sintáis o cantéis  
vale más que los ángeles y que vosotros;  
mucho les rogué amar a la patria, aunque  
el espíritu, sin ser implorado, dejase de contestarnos,  
mucho os rogué a vosotros, los que estáis preocupados por la patria,  
y a quienes otorga el fugitivo su santo agradecimiento.  
¡Gentes de mi tierra, entre las cuales fui mecido por el lago,  
y el plácido remero alabó el viaje!  
En la llanura del lago las vastas olas se instalaban alegremente;  
floreceda entre las velas, la clara ciudad;  
a prima hora, vario navío es conducido desde los Alpes oscuros  
y reposa en el puerto.  
Aquí el horizonte es cálido y amistoso el abierto valle,  
múltiple de claros senderos que alientan sobre mí su verdor.

Los jardines se reúnen, surgen los primeros brotes  
y el canto de los pájaros es pesadumbre en el vagabundo.  
Todo parece digno de confianza, el supremo saludo parece  
alegre, todos los gestos parecen familiares.

4

Ciertamente: he allí la tierra natal, el suelo patrio,  
lo que buscas está próximo, ya se reúne contigo.  
No está en vano, junto al pórtico, el vagabundo, amigo  
alegre y venturoso, ni sale a tu encuentro bajo el susurro  
de las nubes, buscando en el canto tu amable nombre.  
Es una de las hospitalarias puertas de la tierra,  
que se te acerca con su habla extranjera y múltiple.  
Allí reside el prodigio, allí la divina bestia  
alcanza en la alta llanura el curso movedizo del Rhin,  
y, desde las rocas, se precipita hacia el valle deslumbrante,  
en lo íntimo de la montaña, entre cumbres iluminadas,  
o aquí, a tu lado, cuando el día completa su vuelta.  
¡Oh, encanto del consagrado pórtico!  
Volviendo al hogar por caminos consabidos y florecidos,  
visito todo el país y el hermoso valle del Neckar,  
y los bosques, donde el verdor sagrado de los árboles  
se hermana, fervoroso, con los calmos matorrales y con los abedules,  
y, en la montaña, cierto lugar es mi amistosa prisión.

5

Allí me reciben. ¡Oh, voz de la ciudad, voz de la madre!  
¡Oh, tú que llegaste a poseer y administrar vastas enseñanzas  
que aún me bastan! ¡Aún florecen en ti el sol y la alegría!  
¡Oh, vosotros, bienamados ante quienes se iluminan los ojos, como antes!  
Sí, lo antiguo existe todavía y crece y madura, y nadie  
que haya vivido y amado dejó de serle fiel.  
Pero el logro mejor, el que yace abatido en santa paz,  
es aún negado a jóvenes y a viejos.  
Locamente he hablado, a causa de mi alegría. Pero mañana,  
cuando volvamos de la fiesta primaveral, frente al campo viviente,  
entre las flores de los árboles, mucho hablaré de ello con vosotros,  
y mi esperanza me acompañará, oh mis bienamados.  
Largamente he oído al abuelo y largos silencios mantuve ante él;  
ahora el tiempo pasajero se refresca y reina sobre las montañas,  
nos otorga celestes bienes y clama iluminados cantos,  
y es el destino para muchos buenos espíritus.  
Oh, ángel del tiempo, no te desvanezcas, ven y quédate.

6

¡Ven también tú, ángel doméstico! Se regocijan todas las arterias de la vida  
y el cielo participa de ellas.  
Oh, noble, retornen tu juventud, tus bienes terrenales  
y todas las horas del día en un mismo regocijo,  
la dicha de los amantes que vuelven a encontrarse,  
¡sagrada sea la fortuna que les pertenece!  
Oh, dime, ¿a quién debo agradecer en la hora del reposo,  
cuando damos nombre al alimento y lo bendecimos?

¿Invocar al supremo? Por desgracia, no hay dios que quiera  
ocuparse de nuestras mezquinas alegrías.  
A menudo nos falta la sagrada palabra, y debemos callar.  
¿Volverá el nombre como el latido del corazón?  
La música retorna cada hora  
y quizá se regocijen las divinidades que la escuchen.  
Ya se aproximan; su inquietud se apacigua.  
Tal frecuente inquietud debe llevar el cantor en su alma;  
sólo él, y ningún otro.

## Juan Cristián Federico Hölderlin

(Traducción: Blas Matamoro)

# ESTUDIOS SOCIOLÓGICOS

Vol. XII, núm. 34, enero-abril, 1994

## 34

Artículos

Alicia Castellanos  
**Presentación**

Rodolfo Staventagen  
**Racismo y xenofobia en tiempos de la globalización**

Esteban Krotz  
**¿Naturalismo como respuesta a las angustias de identidad?**

Michel Wieviorka  
**Racismo y exclusión**

Paz Moreno Felú  
**La herencia desgraciada: racismo y heterofobia en Europa**

Carlos Hasenbalg  
**Perspectivas sobre raza y clase en Brasil**

Alicia Castellanos  
**Asimilación y diferenciación de los indios en México**

ESTUDIOS SOCIOLÓGICOS es una publicación cuatrimestral de **El Colegio de México, A.C.** Suscripción anual en México: 57 nuevos pesos. En Estados Unidos y Canadá: individuos, 38 dólares; instituciones, 55. En Centro y Sudamérica: individuos, 30 dólares; instituciones, 36. En otros países: individuos, 46 dólares; instituciones, 64. Si desea suscribirse, favor de enviar este cupón a **El Colegio de México, A. C.**, Departamento de Publicaciones, Camino al Ajusco 20, Col. Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D.F.

Adjunto cheque o giro bancario, núm. \_\_\_\_\_

por la cantidad de: \_\_\_\_\_  
a nombre de **El Colegio de México, A.C.**, como importe de mi suscripción por un año a  
**la revista ESTUDIOS SOCIOLÓGICOS.**

Nombre: \_\_\_\_\_

Dirección: \_\_\_\_\_

Código Postal: \_\_\_\_\_

Ciudad: \_\_\_\_\_

Estado: \_\_\_\_\_

País: \_\_\_\_\_